

resantísimos como el del fraile negro, simpáticos y asquerosos como el del fraile Nikolka, ambicioso, sensual y cruel; ridículo y triste como el del pobre desequilibrado, a quien los monjes, en una noche de juerga, amarran desnudo al cuerpo de una campesina desnuda y borracha.

Un crítico literario alemán ha dicho de esta novela: «Kallinikov es, sin disputa, uno de los primeros novelistas eróticos, no sólo de Rusia, sino del mundo entero. En ninguna otra obra rusa vive la erótica del pueblo eslavo con la plasticidad y la desnudez que en ésta». ¿Erótica? Tal vez, pero de un erotismo sin alegría, trágico, violento, sin dulzura, atravesado de remordimientos y de vacilaciones, que más que erotismo es simple priapismo animal.

Sin que esto quite los méritos de *Mujeres y frailes*. Al contrario. Nuestra opinión es distinta de la ajena, pero no en cuanto a la bondad del libro, sino en cuanto a su significación. Kallinikov ha hecho una obra interesante y llena de valores, no parejos, es cierto, pero tampoco desdeñables.—M. R.

POLITICA

EL PAÍS DE LENIN, *por Eugenio Orrego Vicuña.*

Eugenio Orrego Vicuña pasó un tiempo en la U. R. S. S. y en ese período de su vida anotó y observó muchos aspectos de la existencia rusa. De ello dió testimonio su *Tierra de Águilas*, libro impresionista

e interesante en que expresa su fe en el socialismo y marca la evolución de sus ideas en un sentido marxista.

Como Orrego es un escritor laborioso y muy documentado hizo una ampliación mayor de sus observaciones, investigando, con posterioridad, los diversos campos de la actividad comunista antes y después del advenimiento de Stalin. Sus simpatías parecen inclinarse del lado de Trotsky y de su fracción, recientemente repudiada de un modo definitivo por el supremo jerarca de Rusia. Sin embargo, Orrego no se inclina en forma parcial hacia el grupo adverso a la actual burocracia soviética. Examina también todos los aspectos y matices del problema y en este sentido ha creado una obra útil y bien documentada. Revela una investigación vastísima y en gran parte inaccesible a nuestros lectores. Abarca desde la literatura, el arte y la música soviética hasta la economía y el plan quinquenal y sus futuras derivaciones. Sobresale por su excelente información la segunda parte del libro, donde se examina acuciosamente el régimen soviético, se presenta un esquema de la dictadura del proletariado y del movimiento sindical y proletario.

El complejo fenómeno ruso, cuyo estudio requiere lecturas previas y un rastreo económico insospechable, aparece bastante aclarado en muchos capítulos de este voluminoso libro de Orrego. El lirismo y la exaltación mesiánica que, en otras partes, nublan su prosa con adjetivos rutilantes, aquí se han ceñido a una medida más objetiva.

Es curioso el temperamento de este novel escritor. Su aspecto exterior fino y cortés no hace sospechar su vehemencia. En el terreno ideológico es propenso a la discusión y al exaltamiento fervoroso por tópicos sociales y políticos. Ha heredado de sus antepasados irlandeses un fervor libertario, incompatible con la dictadura burocrática de Stalin. Pero tales violencias y estridencias no se notan mucho en la prosa de Orrego, que tiene un carácter matizado y curioso. Va desde la abstracción no siempre feliz y a veces diluida en una rica adjetivación hasta la más disciplinada objetividad. Y todo esto pasando por zonas de transición propensas al lirismo y al tono poético.

En *El País de Lenin* (1) admiramos uno de los trabajos más perfectos salidos de esta pluma juvenil. Hay aquí riqueza de investigación, cierta serenidad analítica, no obstante sus simpatías férvidas por el régimen imperante en Rusia, y un propósito sincero de estudiar este moderno y gigante experimento de transformación social.

El capítulo final de este libro se prestará a polémicas y críticas; se estudia en él, con evidente minimalismo, el porvenir del desenvolvimiento socialista en América y en el mundo. Es un tema que, por su vas-

ta proyección, suele escaparse a Orrego. Se nota allí su desconuelo ante la realidad americana, su sentido crítico ante este brutal panorama criollo con sus luchas intestinas, su crudo individualismo, su atomización de las fuerzas productoras e intelectuales, se divorcia entre la mayoría de los escritores y los vitales problemas de su medio.

Orrego tiene un poderoso sentido del trabajo intelectual y es de los más laboriosos escritores políticos con que contamos. Desde muy temprana edad se ha distinguido por su fervor en el estudio del pasado chileno y por su conocimiento de la historia constitucional. De ahí su afición al aspecto jurídico de los fenómenos políticos sociales que le ha brindado ahora una ocasión de hacer meritorias síntesis sobre la organización legislativa rusa.

En *El País de Lenin* se ve un escritor maduro, moderado por el estudio y que rehuye los extremismos verbales. De vez en vez despunta su lirismo celta, cierta borrosidad conceptual y cierta embriaguez con las ideas socialistas; pero, en general, esta obra significa un avance serio en su manera literaria. Por esto puede señalarse a los estudiosos como el mejor aporte sudamericano al esclarecimiento del complejo fenómeno ruso.—*Ricardo A. Latcham.*

(1) Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1932.